

¡Filosofa en verde!

Daniel Prior Gijón

A Berni.

Marcos estaba sentado a su mesa de profesor. La clase no paraba de hablar entre sí, prácticamente gritando.

Era la penúltima clase de filosofía de Segundo de Bachillerato. «Segundo de Bachillerato», no podía parar de pensar. «Atajo de salvajes, no sé cómo hemos llegado a esto».

«¿Y yo? Cómo he llegado yo a esto. Soy un puñetero pelele».

Como era última hora, el timbre del instituto rompió el jaleo y su autocompasión.

Marcos recogió el material que no le habían dejado utilizar en su maletín y se fue corriendo al baño de profesores para asegurarse de ser el primero.

Sacó una tableta de orfidales de su bolsillo y tomó tres de golpe bebiendo a chorro del agua del grifo. Sintió vergüenza al verse en el espejo y retiró la mirada. «Ya casi hemos acabado y ni he podido terminar el temario». «Nietzsche... Deberíamos haberlo terminado hace mucho».

Fue andando a la parada y volvió a su portal en autobús, como siempre.
«Nietzsche». Sólo podía repetirse esa palabra.

Paró en el chino de al lado para comprar una única barra de pan. Como siempre. Porque vivía solo. «Nietzsche... Que le jodan. Ésta va por ti. Que salga el Sol por donde quiera».

Puso una botella de Black Label en el mostrador del chino.

—Oh, tú fiesta. Eso bueno —dijo el chino.

—Joder que sí —respondió Marcos, a quien ya le empezaba a cegar la ira.

Pagó, recogió las cosas y subió a su piso.

Cogió un vaso de la cocina y lo puso junto al whiskey sobre la mesa del salón.

A la mitad de la botella, la meditación ética le había cundido lo suficiente como para sacar 20 euros de su sitio y subir a ver a su vecino, el del 2º C, el del secreto a voces.

Se plantó en su puerta, preparó una foto en el móvil y, cuando el otro abrió, sólo tuvo que enseñársela junto al billete. No hubo necesidad de mediar palabra.

Bajó a su piso en el primero con los 20 euros de yerba y los puso sobre una repisa.

.Se echó otro vaso a palo seco y vio cómo iba quedando poco. Como de todas formas iba a necesitar papel de liar, bajó de nuevo al chino y compró otra botella, además de un mechero.

Y la estrenó al menos. Bebió prácticamente hasta desmayarse y se despertó a tiempo de forma natural, aún más borracho que resacoso.

Cogió el primer trozo de cartón que vio e hizo un filtro grueso. Después juntó cuatro papelines manteniendo su forma rectangular y picó la marihuana con calma.

Lo tenía claro. Iba a encerrarse en el baño, iba a fumarse ese porro hasta que supiese a filtro e iba a darle otro tanteo al licor. Después daría la clase.

Y eso hizo. Se acordó de que guardaba una gafas de sol en el armario, pero su voz interior, esa vocecilla que tenemos todos y que no es audible salvo que estés alucinando, le susurró «hoy le van a dar a todo por culo».

Por suerte la marihuana no había calado tanto. Bajó por las escaleras mecánicas hasta el portal y el camino al bus se le hizo más corto que nunca, así como la espera.

Saludó al conductor, como siempre, que puso cara de situación, y se sentó delante del todo a la derecha.

Estuvo riéndose prácticamente todo el camino, aguantándose hasta por fin estallar al bajar por la puerta.

Entonces pensó que tenía que disimular hasta cruzar la puerta de su clase. Y el mundo se convirtió en su escenario.

Llegó a la clase, era tercera hora y ya iba unos minutos tarde, así que por supuesto estaban todos vociferando. Como si no lo hicieran siempre.

Fue directo a la pizarra. Tambaleándose y con los ojos inyectados en sangre. Los que le vieron bien se callaron al momento.

Sacó las llaves de su bolsillo e hizo un ruido horrible contra la pizarra, de forma reiterada, hasta que todo el mundo se calló, le prestó atención y se asustó en mayor o menor medida.

—Ehhh... Bueno, esto. DJ Marcos is in da house, ¿Va? ¿Todo guay? —Fueron las palabras que salieron de su boca.

La clase guardó silencio. La primera vez en todo el año.

—Estábamos hablando de Nietzsche, ¿No? Venga. ¿Quién me resume a Nietzsche? ¿Quizá tú, Raúl? —Le señaló físicamente.

—Nietzsche me la pela —dijo riendo nerviosamente. Esta vez nadie le siguió el juego.

.—Es curioso que digas eso —dijo Marcos yendo directo hacia él—, porque Nietzsche opinaba que la gente como tú le comía la polla. —Le intimidó físicamente acercando la cabeza.

—No puedes decir eso, tío. —Estaba asustado.

—Claro que no. Y os diré por qué. La carga de la prueba. Que alguien lo explique o me largo y os suspendo a todos.

Un joven levantó la mano:

—Porque serías tú el que tendría que demostrarlo y no él lo contrario.

—Exacto, Ángel. Angelito... —Soltó una risotada en voz alta—. ¿Sigues queriendo estudiar Filosofía como carrera? Te diré una cosa, por tu bien, allí tampoco te comprenderán. Nadie te comprenderá. Nunca. Eres un genio y estás como una cabra, asúmelo.

Hubo un leve murmullo que se calmó rápidamente, porque los alumnos seguían asustados, principalmente.

—¿Alguien me sabe explicar el Eterno Retorno?

Hubo un silencio.

—Vale, ¿El superhombre? ¿La voluntad de poder? Lo mismo.

—Pues como dijo Sócrates, Iros todos a tomar por culo. ¿Alguien puede entender que estoy sacrificando mi tiempo aquí? ¿Mi vida? ¡En balde?

—Espero que no le importe, señora directora.

—De verdad que lo entiendo, Marcos, no has dado ningún problema nunca, sé que no eres de los que se inventan excusas.

Colgó el teléfono bien pasado el último día de clases, tras ausentarse y mentir como un bellaco y disimular su colocón como un actor profesional.